

A *parejos de cristal*
VARIACIONES SOBRE UN TEMA

Autor:
GIOVANNI M. ALGARRA GARZÓN

COLECCIÓN DE CUENTOS

Esta breve colección de cuentos es un reflejo de algunas reflexiones que se despertaron por el episodio de la nueva influenza en México. Así, en los primeros se instancia la fuerza semiótica del virus en las narrativas personales y en el penúltimo cuento se presenta una reflexión filosófica que pone en tensión la tesis que se sostiene a lo largo de las primeras narraciones. Agradezco a Beatriz E. Morales L. su compañía y motivación a escribir estos cuentos en tan inquietantes momentos en la Ciudad de México.



Aún se movía la lámpara de la habitación, una supuesta imitación de una flor de Loto que colgaba frente a nosotros. El temblor había sido leve. Una crispación de la tierra, un desentumecerse telúrico habitual. Miré a los ojos a mi novia y ella sonrió. Creo que nos daba gracia que el Secretario de Salud se había quedado pasmado, con las palabras colgando del mentón, cuando se disponía a dar otro parte sobre la contingencia sanitaria por televisión. No obstante, había algo que queríamos olvidar y que se había despertado con el movimiento sísmico. Una de esas ideas tan serias, tan tristes, tan... desesperadas, que cuando rectó de su escondite profundo al interior del templo de los miedos –ese templo de cortinas y paredes color ébano, con vidrios de color escarlata y un reloj negro—y se dispuso a salir a la luz, todas las otras ideas la vieron con horror, a toda idea alegre se le fueron los colores del rostro y la conciencia al sentirla se desplomó en un torrente lleno de moco conceptual y bruscas tempestades de estornudos intelectuales, hasta hubo una calentura espiritual que obviamente indicaba una influenza homínido mental, muy antigua, una que nos heredaron los hombres de los valles africanos cuando sentían el horror de encontrarse solos y desamparados frente a lo inevitable. Ahora, al ser sedentarios y vivir en una cultura compleja se ha trasfigurado la enfermedad ancestral, mutado, se ha convertido en la terrible sensación de que asistimos al final del orden protector de nuestra sociedad. ¿Por qué dejarse infectar por una idea tan irracional? Es que no era una reflexión, era un síntoma psicológico del espanto que reinaba alrededor nuestro por la situación presente. Solamente quien ha estado en Ciudad de México en el año del temblor y la influenza H1N1 sabe por qué se hizo clara esa espantosa y enfermiza idea.

Cuando me hallé a solas, más tranquilo y montado en una bicicleta, vi las calles de la solitaria ciudad con algunas personas pegadas a sus tapabocas que herían las orejas y hacían que la respiración fuera insoportable. Sólo fue descuidarme un poco y tropecé con una tarde de mi infancia... una de esas en las que se espera fervientemente el sonido de las campanillas del carrito de las nieves y los conos en medio de un sol-bote de pintura que chorrea las nubes y las deja chispeadas de colores rojizos y plumones verdes. Ese día no estaba en casa. Viajaba en un vuelo a la Ciudad de México con mi padre.

Ese ser monumental y serio que ahora encuentro sonriente y decrepito en una silla de su convalecencia sin fin, me llevaba a que lo acompañara a realizar un trabajo en la casa de un opulento señor mexicano. Bajo el avión las nubes estaban todas bañadas de polvo dorado. Me preguntaba cómo podía ese polvo llegar allí. Tal vez las empresas que lo venden para que los niños hagan sus tareas de rellenar una gallina con ese color, lo buscan en un avión sobre las

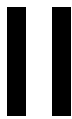
nubes. Sacan una red gigante y lo atrapan por montones. Quería tocar esas nubes lustrosas, pero la ventanilla que me tocó no abría. La señorita del carrito de las comidas me regaló una paleta y le sonreí. Me perdí por un segundo en el sabor a maracuyá de la golosina, antes de regresar mi mirada a esas nubes que de vez en cuando dejaban ver una serpiente de agua que brillaba en las faldas de una montaña.

Al llegar la noche mi padre me indicó que estábamos cerca de llegar a la ciudad. La primera vez que la vi, me pareció la ciudad-mundo de Starwars; ese lugar profusamente industrializado en donde imparten justicia desde un templo milenario y mítico los Jedi. Casi quedé sin aliento al ver que cuando el avión giraba para tomar pista, no podía encontrar el fin de esa imagen cargada de puntitos y puntitos luminosos. Al observar que ese tapete de bombillas minúsculas se convertía en rascacielos, un castillo, canchas de fútbol, avisos luminosos, ríos minúsculos con góndolas coloridas, seres humanos y tristes y solitarios perros, descubrí que ese ser descomunal, luminoso y grotesco que veía desde el avión –o que era lo único que se podía ver desde el avión cuando ya se estaba sobre él—estaba vivo. Después de tantos años es el primer recuerdo que trae mi mente, porque ahora sé que lo que sentí después de la voceada emergencia sanitaria y el temblor era la certeza que asistía al trastorno y posible desmayo de esa vida maravillosamente compleja que se extendía sobre el Valle de México. Esa tierra de todos, esa urbe de nadie, ahora era de los perros que viven de una calle a otra, moviéndose con las rutinas del sol para no quemarse.

El viento chicoteaba mi pantalón y la avenida me llevaba con gracilidad ceremoniosa a la zona cultural de la universidad. Allí me detuve a ver esa obra de color negro que se parece a esos escarabajos de un cuerno que recojo en las calles porque considero un crimen que fuesen estropeados por las llantas de un carro. Cuando los alzo del suelo emiten un sonido ronco, extraño, como defensa. Eso me atemoriza, pero no me vence. Necesito dejarlos en un lugar seguro donde puedan enterrarse y tener su progenie con caparazones negros y un cuerno en sus narices. Una vez esperé ante uno de sus hoyos en la tierra húmeda para ver salir a sus hijos, por el mes de mayo. Mi madre no dejaba de llamarme para hacer los deberes escolares y yo no comprendía por qué demonios era más importante la historia del “templo del sol” que el momento mágico y casi esotérico de ver surgir de sus cuevas cavernosas y umbrosas a los pequeños insectos acorazados con una espada en la cabeza. Nada hacía que cambiara de opinión frente a esas catacumbas donde asomaban de una silenciosa temporada de germinación los seres más maravillosos de la naturaleza. Una sola vez pude contemplar esa gracia del universo.

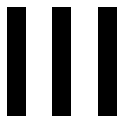
Frente a esa obra negra de cemento me comí una empanada de atún. Me sentía cómodo pensar que después de tantas ayudas para que esos escarabajos vivieran muchos años más, este gigante nacido de la cavernosa y enlodada mente de un artista me salvaría de todo mal y peligro, especialmente de esa horrible enfermedad que estaba en boca de muchos, no porque la tuvieran, ¡oh horror! Sino porque era el tema de los telediarios, el Internet y la radio. Lejos, en medio de la zona cultural esperaba que la influenza, mal llamada pandémica, no pudiera ser escupida a mi cara por los estornudos de algún desgraciado y miserable enfermo.

La empanada estaba picante, como siempre, desproporcionadamente hinchada de chile. Así que añoré esas empanadas de carne y papa de mi país, sin chile. Algunas estaban repletas de pollo o con un poco de queso. Calientes y sazonadas, eran la delicia de quien no contaba para una comida más completa. Me preguntaba si sería mejor el estar en mi país comiéndome una de esas deliciosas empanadas y no en éste con unos medios de comunicación amarillistas, una enfermedad recién nacida de la cocina genética de un cerdo, un temblor abordo y unas empanadas enchiladas. Me sentía muy apabullado tras esta suma de calamidades. Tenía ganas de tomar mis maletas y mi novia y regresar a mi país. Pero, como una flecha incendiada, llegó a mi la razón de un argumento. Si regresaba sería examinado por médicos y tratado con resquemor y sospecha. Temí el recelo de mi familia y de mis allegados. Ahora estaba atado al destino de este país. Sentí un dolor en el estomago con sólo pensar en que por mi causa y mis miedos pudiera llevar el extraño virus a mi querida ciudad. Cabizbajo vi la tierra que rodeaba el insecto artístico y de un hueco enlodado surgió el por siempre esperado insecto de mi infancia.



Las noches del domingo las pasaba Paulo frente a su televisor jugando con su moderna consola. Pero hoy su cara no reflejaba la tranquilidad usual. Estaba taciturno y ojeroso, sentía el pavor de la realidad de la que tanto había huido y eso le molestaba hasta los huesos. Esa cotidianidad de sus acciones semanales lo protegía de pensar en la sociedad mal sana y vulgar en la cual nació. Solía examinar una y otra vez los capítulos de la serie de televisión en donde un doctor huraño trataba muy mal a todo su personal antes de resolver un misterio médico. Paulo jugaba muchas horas frente a su televisor los fines de semana y los otros días trataba de rehuir a su familia y sus compañeros so pretexto de que iría a colaborarle a un investigador de la UAM para alcanzar una plaza.

Pero ese domingo estaba perdiendo muchos hombres en su batalla del día G. Los controles le incomodaban como nunca y no sentía la concentración necesaria para poder cumplir la misión con honores. Ya su hermana se acercaba a ver el puntaje cuando él bruscamente la apartó y apagó la consola. No quería mostrarse débil, nunca quiso eso. En su silenciosa habitación se echó en la cama con violencia. Miró el techo durante una hora y al fin se durmió. Ese lapso de conciencia nocturna previo al dejarse llevar por el sueño, que a todo poeta y escritor le cae muy bien para concretar sus más oníricos proyectos, era para Paulo una tortura personal. En esa hora no pudo dejar de pensar en catástrofes bíblicas, muy parecidas a las que vio en ese juego presentado en una exposición junto a lindas modelos para que la gente lo comprara con la consola. Es que esa estúpida e insignificante noticia sobre el nuevo virus de la influenza lo ocupaba más de lo que deseaba. No sabía la razón de su desasosiego, pues nunca le importaron las noticias sobre accidentes, genocidios, matanzas, asesinatos, ciclones y tempestades brutales que llegaban a diario. Un poco antes de que arribara al final de la hora de gracia que da el cerebro para que uno termine cualquier elucubración dejada hasta último momento, Paulo encontró la respuesta. Se trataba del miedo más coherente con sus autistas concepciones sobre la comunidad que lo rodeaba. Descubrió que se encerraba en su habitación o en el cubículo de la universidad solamente porque estaba esa realidad social que repudiaba, esa música norteña y duranguense que casi lo obligaba a dejar cualquier cosa que estaba haciendo para sentir un sofocamiento bestial, esos diarios que escurrían sangre y esas increíblemente molestas conversaciones con los demás. Si ese virus acababa con esa gente que detestaba, entonces ¿tendría que salir a la calle a buscar todo lo que le llegaba a su habitación por obra y gracia de la realidad social? La simple idea de salir a esa empresa le provocó mareo. Decidió suplicar a cualquier dios que lo escuchara a él, al paria, que protegiera la sociedad de todo mal y peligro, amén. Paulo casi durmió con una sonrisa.



-No entiendo por qué alguien se sube al metro a decir que todo lo que se está informando sobre la enfermedad es embuste. Eso de que un científico reputado ha desmentido la tesis de que el virus surgió de manera espontánea de un cerdo, me parece simplemente sensacionalismo. Ahora se quiere culpar a un laboratorio de genética que nadie conoce y al presidente de los EE. UU. de que metió el virus a México ¿Tu qué piensas de eso amor?

-Uhhh... ¿viste el rostro de ese hombre? Parecía muy mal alimentado, muy preocupado. Se notaba que hacía un esfuerzo enorme por repartir todo el día panfletos. Me pregunto qué significa para él todo este delirante ardor.

-¿No me estas escuchando? Estoy hablando de esa opinión que traía ese tipejo, no de su estado de ánimo y su salud... vos siempre pensando en lo que no importa. Imagínate, ¡circulando la idea del gran complot!

-La mujer que estaba al lado de él estaba embarazada. Tal vez unos cinco meses. Estaba cansada y sin embargo, también colaboraba con la empresa de su esposo. Me gustaba el collar que llevaba, creo que era de alguna semilla tradicional de un pueblo indígena.

-¿Realmente no entiendes?¿Lo haces para molestarme? ¿No ves que esta gente está llenando de desconfianza a las personas? ¿Viste el tipo de personas que son? Normalmente se la pasan en una eterna adolescencia. Creyendo que su miserable vida es el fruto de un "sistema" que los oprime y los aliena. Gastan sus últimas fuerzas y recursos en difundir una idea negativa sobre las instituciones. Hacen que la gente se vuelva recelosa de toda la información que le llega de los medios usuales. Los argumentos con los que sustentan sus afirmaciones son falaces. A pesar de ello la gente del metro recibe los volantes y los lee con mucha atención... Mira, un taxista me preguntó si creía en todo eso de la gravedad de la enfermedad y la pandemia. Yo le contesté que no tenía por qué no creer en eso. ¿Sabes qué me contestó? "Pues creo que todo eso es un método de EE. UU. para salir de la crisis y dominar a México". ¿Puedes creerlo?

-Cuando se bajaron vi que había un grupo que los esperaban. Creo que salían de otros vagones.

-¡Ves! Son una muchedumbre de "emos" llorones e ingenuos. Viviendo en su oscuro y deprimente sueño del complot... Piénsalo, eso de que el presidente de los EE. UU. vino a México a traer el virus es de los más estúpido.

-Se saludaban con mucha alegría. Todos estaban vestidos igual. De negro, con ropa de cuero y cabello largo. Algunas mujeres medio rapadas y con señas de gran debilidad. A pesar de ello les alegraba eso que hacían. Se unían en un clan, la "banda", que lo puede todo. Que desean tumbar gobiernos e imaginarios con sólo intentarlo. Son románticos en un buen sentido. Estos jóvenes me hacen recordar a un hombre igual a ellos que vende flores pintadas de un azul oscuro en el Metro Universidad. Una vez pasé cerca de él, casi a la hora del cierre del metro. Las ojeras estaban muy pronunciadas y su cara tenía algo de nostalgia, pero cuando alguien pasaba, él sonreía entusiasmado y ofrecía sus flores. También lo vi hablando con los

ancianos que vendían "alegrías" y "gorditas." Parecía que lo conocían, pero la escena de verlo preguntándoles si vendieron era algo exótica.

Eso de verlos unidos, tratando de cambiar la realidad, felices en su lucha. Ella llevando su pequeño bebé en gestación de vagón en vagón... llevando ese pesado sueño... ese cansancio. Creo que me despertó cierto regocijo. Como ese día que decidí comprar una rosa pintada de azul oscuro porque la sonrisa de ese hombre me sacó de un dolor profundo.

-Pero, amor... ¿no entiendes que eso que dices es colateral? Está mal decir falsedades por doquier. Realmente no entiendo tu punto.

-No hay punto. Sólo hay por lo menos estas dos formas de contar un hecho. No quiero decirte que hay más verdad en mi relato que en el tuyo. Tenemos dos cuentos. Yo me quedo con el mío. ¿Sabes por qué? Porque estoy cansado de preguntarme qué demonios es la verdad sobre lo que ocurre. No quiero hablar con la verdad, ¡por favor! Quiero narrar mis impresiones sobre lo que veo. Una colcha de retazos que no tiene tiempo. Pues en mi narración hay un poco de personas del pasado que vendían rosas pintadas de azul en los metros, hay algo de barriga sin comida y vientre repleto de vida. Un poco de dolor y alegría. Eso es para mi la suprema realidad.

-¿Te quedas neutral con respecto a la verdad de lo que está ocurriendo? Bonita poesía la tuya. Pero tendrás que decidirte: o te pones el tapabocas o andas como si todo fuera un socavado complot, pero la decisión por alguna de esas alternativas es inevitable... Y todos lo sabremos. ¡Aha! si te pones el tapabocas, quédate con tus palabras atrapadas tras la tela azulosa, pues sabremos que a pesar de tu poesía hay una verdad para ti.

-Ok, tal vez me pondré un tapabocas mañana, pero le pintaré con una mariposa de color verde con violeta o unos bigotes gigantes y chistosos como los que lleva ese joven del fondo. Pues como decía cierto cronopio: a toda tortuga hay que pintarle una golondrina en la espalda. Será una nueva moda colorida y florida... si alguien sale triste podrá pintarse una sonrisa en el tapabocas... Hará creer a todos que de veras, tras esa máscara hay una sonrisa preclara. No faltará quien, de entre esos jóvenes que vimos, escriba en su tapabocas "¡mentira!" y tu tal vez escribas en el tuyo "¡verdad!"

IV

Juliana había quedado pasmada al lado del interruptor, le temblaban las piernas. Sobre nosotros estaba inmóvil y en medio de la oscuridad una flor de Loto de plástico blanco. Aquella flor era una de esas piezas para armar que se venden con un pequeño manual del orden en que deben encajar sus partes. Cuando vi que tratar de darle forma a la flor de Loto podía ser algo divertido, me puse a la tarea de no soltar las piezas hasta que esa flor no germinara de mi ingenio –y el de la empresa que hace lámparas para armar, por supuesto. No tuvo que pasar mucho tiempo para darme cuenta que la flor era imposible de ser montada. En un momento cualquiera me detuve, me levanté tranquilamente y me dirigí al bote de basura más cercano, cuando una suave voz me detuvo. Juliana había estado esperando mi derrota. Ya hacía algunos minutos se daba perfecta cuenta de mi incapacidad para darle forma a ese blanco rompecabezas tridimensional. Tomó mis manos y me pidió los múltiples jirones que debían ser las partes de una flor de Loto. La mire avergonzado y con la seguridad de que nunca saldría de allí alguna cosa medianamente cercana a una flor. A los dos días, me topé con una hermosa flor de Loto blanca colgada en la habitación. Al verla no pude más que sonreír. Juliana estaba en el interruptor muy emocionada, en medio de las sombras, lista para darle luz a esa lámpara. Con un grito de júbilo y aprobación la autoricé para inaugurar la flor. Tras el click no sólo nuestro apartamento sino la casa de la casera y el departamento de arriba, más las 25 casas que conformaban nuestra cuadra, quedaron en la completa oscuridad...

V

El 1 de julio cayó una tormenta de granizo y truenos en el sur del DF. Paulo se había puesto una cobija sobre su espalda y corría emocionado por las ventanas viendo el temporal. Hacía mucho tiempo no había visto la furia de los elementos estrellarse sobre la sólida ciudad. Los pedruscos de hielo chocaban su portilla y él sentía una emoción indescriptible. Se encontraba sólo en su casa y gritaba saltando de un lado a otro. A cada trueno su salto, a cada pedrusco que trataba de quebrar el vidrio su grito de emoción.

Cuando la luz fue cortada tras el gemido lacónico de un estrépito eléctrico, Paulo se quedó

en silencio. Tenía una larga sonrisa en su rostro blanco y una cobija gris sobre su cabeza que bajaba hasta tocar el piso. La oscuridad lo fue sumiendo en cavilaciones y su sonrisa se fue perdiendo en el magma negro y tenebroso de un volcán siempre vivo de sus insatisfacciones personales. Dejaron de caer pedruscos y de brillar relámpagos. Ya había pasado media hora sin luz y Paulo empezaba a inquietarse. Deseaba prender su computador y escuchar música. La noche se hacía más silenciosa y lastimera. Los ojos de Paulo brillaban furiosos en medio de la gran sala de su casa. Era como un gran gato que veía con terror los minutos que pasaban. Él estaba acostumbrado a adelantar trabajos, escribir ensayos y leer libros a esas horas. Pero la falta de fluido eléctrico hacía imposible cualquier actividad cotidiana y lo tenía inerte. A las 9 en punto sonó el teléfono y Paulo saltó de la silla donde estaba adormilado. Con enojo levantó el auricular y reconoció la voz que le decía "Ro está muy enfermo, tiene fiebre, tal vez tiene el virus".

VI

Hacía dos semanas que no veía a Paulo y a Tomás, pues la emergencia sanitaria había sido una buena excusa para hacer algunas labores con el grupo de rescate en el Iztaccíhuatl. Era algo rutinario, poner una carpa en la Joya y asignar a alguno de los de mi equipo para que recogiera información de aquellos que deseaban subir la montaña más allá de la "caja azul". Pero ese día en particular en el que se declaró la emergencia hubo poco tráfico de turistas y escaladores. Así que decidí pasar una tarde de bromas y charla amena con mi gente. Compré unas quesadillas verdes y un café de olla y eso me hizo estar a gusto en ese lugar frío y solitario. Llegadas las 6 empezaron a correr ráfagas de viento muy fuertes, así que preferí apartarme del grupo y resguardarme en el puesto de impermeables donde un anciano ojeaba algunos periódicos viejos. Cuando me vio entrar y sentarme en un escuálido tronco, el señor me dijo: "está haciendo miedo en México". Le dije despreocupado que no entendía a lo que se refería. Me mostró el periódico y vi una noticia sobre la emergencia sanitaria. Le contesté que eso pasaría pronto, que tal vez todo eso era transitorio. Me dijo que su hermano vivía en la ciudad y tenía una hija que estaba muy enferma, temían que fuera el H1N1. Además añadió, "mi hermano está con el agua hasta los aparejos". Esa expresión no la entendí del todo, creo que significaba que su hermano estaba muy nervioso y temeroso de lo que le estaba sucediendo. Pero no sabía a qué se refería con "aparejos", creo que se trataba de los testículos o los huesos. Sin embargo, la acepción que yo conocía de esa palabra era diferente. Para tranquilizarlo le dije que

los hospitales estaban atentos a los casos y con los debidos cuidados su sobrina estaría mucho mejor. Luego, el anciano miró a la pared llena de impermeables e hizo como si yo no estuviera, seguramente su mente divagaba en los recovecos de su vetusta cabeza tratando de entender lo que ocurría, pues hace mucho que ya no entendía el mundo.

La noche fue muy fría, pero me sentí con los ánimos suficientes para plantearles a mis compañeros una subida por la zona más agreste de la montaña en la madrugada, por "boca de tiburón". Sólo uno estuvo de acuerdo y los demás prefirieron quedarse a tomar nota de los visitantes.

A las 5 de la mañana estaba preparado para mi arriesgada empresa. Era un ejercicio de rutina que de hecho funcionaba como prueba para los primeros rescatistas que querían certificarse. El viento había amainado, pero hacía mucho frío. Salí de la carpa con mi maleta y mi piolet. Ya mi compañero estaba preparado y decidimos iniciar el ascenso.

No existía un camino claro para subir por esa zona tan agreste, teníamos que cuidarnos de no terminar en una pared vertical imposible de franquear. La bruma de la mañana lo cubría todo. Caminábamos siguiendo un instinto forjado a lo largo de los años de estar en la montaña. Poco a poco fuimos dejando los territorios cubiertos por maleza para llegar a la parte árida y pedregosa. Aún tenía energía para mucho más.

El aire que exhalaba se deslizaba por mi cara gracias a la protección facial que tenía, así que me sentía húmedo y caliente, mientras todo mi cuerpo se empapaba con mi sudor. Afuera la roca se iba tiñendo de una sustancia jabonosa... era el hielo de las partes bajas. Mis pies fueron pesando cada vez más y me pecho experimento un dolor punzante que hacía más lento mi paso. A pesar de ello llegamos a ver que el panorama se hacía blanco y resbaladizo. Ya la nieve cubría mis pies y llegaba a las rodillas cuando vi algo asombroso. En un lugar de nieve, en donde el sol empezaba a reflejarse, una colonia de polillas revoloteaba. Al principio pensé que era porque había un cadáver o porque recibían el calor del sol reflejado. Sin embargo, ambas hipótesis eran erróneas. Nada podía sobrevivir a esa altura y con esa gruesa capa de nieve. Necesité detenerme para comprender que de veras habían polillas y no estúpidas visiones que se daban por el cansancio. Me hubiese gustado esperar un poco y reflexionar sobre este evento, pero ya mi compañero halaba la cuerda que nos unía en la clara y brillante cerrazón de la zona de nieve... esa claridad que no dejaba ver nada.

Más adelante encontramos una terrible pared de roca cubierta de hielo. Esa visión me hizo sentirme totalmente desamparado y angustiado. A esa altura y en ese punto de la montaña nadie

nos rescataría. Nuestras intuiciones nos habían fallado. Sentía dolor en las articulaciones y el detenernos permitía que el sudor se congelara rápidamente en todo nuestro cuerpo, llevándonos irremediablemente a una hipotermia. No sabíamos el camino correcto y ya la desesperación me abrumaba. Me sentía tan solo ahora. Claramente era mi responsabilidad guiar a mi compañero al destino correcto. Pero me sentía entelerido y el sudor de la mano me hacía sentir un dolor terrible, en especial en uno de mis dedos. No pude aguantar más y me acosté en la nieve. Tenía sueño y no quería caminar más. La mano me dolía casi hasta hacerme llorar. Mi compañero me vio apretándome la mano y quitó el guante. Uno de mis dedos ya estaba poniéndose negro, se quemaba. De inmediato secó mi mano y sacó de su maleta un trapo de lana y lo envolvió fuertemente hasta hacerme gritar. Eso permitió que recobrara algo de calor y dejara de sentir que me quemaba. Nunca había sentido la solidaridad y la amistad de manera tan contundente como en ese momento.

Miré el rostro asustado de mi amigo y el brillante y blanco horizonte. Me levanté con ánimos recobrados y caminé con el piolet hasta una vertical aceptable para intentar subir. La subida fue tortuosa y por tanto mis pulmones estaban dando su mejor esfuerzo. Ya llegados a la parte alta, no tardamos en descubrir el camino al refugio. Allí habían otros montañistas que habían llegado por el camino fácil. Casi no podíamos hablar al entrar y nuestras narices estaban rojas y quemadas.

Esperamos un poco y luego descendimos. Al llegar a la Joya me cambié las botas y los guantes y me tomé un rico café de olla. Al fondo veía al anciano que me miraba sin inquietud, con la frialdad de alguien que ya no ve lo que ocurre, que no sabe en qué momento de su vida dejó de ser parte del mundo. En casa las pesadillas me atormentaban y me desperté a la madrugada con una terrible fiebre. Busqué unas medicinas y no encontré algo que me ayudara. Quería dormir y no podía. Mis pulmones me dolían mucho y me sentía ahogado, la fiebre aumentaba y sentía una tos inmundada y todo mi cuerpo cortado. En ese momento, aquel en el que sopesaba todos mis síntomas para decírselos a un amigo médico, me sentí repitiendo todo eso que estaba en la propaganda repartida en toda la ciudad para saber cuando se tenía H1N1. Al darme cuenta de eso sentí un vértigo bestial que me tumbó en la cama. Mi mirada quedó pegada a una mosca pegada a la pared, pero no la veía. Sentí náuseas de la conclusión a la que había llegado. Y me pregunté “¿por qué yo?”

Rumbo al hospital sentí la opresión del cubrebocas y de mi pecho. Casi lloré al ver al mundo tan feliz al lado mío, sabiendo que ellos no se imaginaban que yo era portador del terrible virus. Me imaginé en el supuesto mundo posible en el que ellos me descubrieran. Creía que en ese

caso no habría nada que evitara la más radical discriminación. Me imaginaba sus caras llenas de miedo y arrinconando a sus piernas a sus hijos pequeños. Esa imagen me apesadumbraba hasta el punto de sentirme miserable y desgraciado.

En el hospital me recibieron con cordialidad, pero siempre con precaución desmedida. Una camilla me esperaba al fondo de un pasillo donde procedieron a medicarme y unirme a una cuadrilla de enfermos mortales que convalecía febrilmente a la luz de una brillante luz blanca como polillas de montaña.

VII

Juliana se había quedado en el apartamento mientras visitábamos a Ro en el hospital de Tlalpan. Esto gracias a que supe de su cuarentena hacía no mucho cuando marqué a su casa para saber si podíamos ir a Cuernavaca para recrearnos y descansar en medio de la contingencia. Así que dado este impasse llamé a Paulo para no estar sólo con Ro tratando de encontrar un tema que seguramente me costaría mucho desarrollar y avivar en medio de tan molestas circunstancias. De hecho, decidí visitarlo por la insistencia de Juliana que apelaba a una moral inexistente en mi confiado pensamiento. Ya entrados en el viaje me sentí divertido al invitar al gruñón de Paulo. Seguramente bromearíamos con Ro y lo molestaríamos al punto de que este dijera “que malparido sudaca”. Entonces yo soltaría una carcajada y todos nos miraríamos con amabilidad y camaradería.

El trayecto al hospital no era largo y había poco tráfico. Al arribar tuve que esperar un rato, pues había llegado a mi celular un mensaje de Paulo que me decía que estaba retrasado.

Estando en esa sala de espera, viendo la gente pasar, me acordé de un cuento que escribí cuando me encontraba en el Hospital Central esperando a mi madre que estaba ingresando a mi padre a una hospitalización prolongada. Ese día vi un papel pegado en la pared en donde se señalaba la perdida de un joven casi idéntico a mí. Mi cuento tenía un personaje tremendamente obsesivo que al ver la información adherida se imaginaba, absurdamente, que él era el perdido. Así que arrancaba el papel y lo ponía frente a su cama para entablar un dialogo con el personaje de la foto. Juliana me había dicho que la parte que más le gustaba de ese cuento era cuando el personaje se sentía tremendamente abrumado reconociendo que el individuo de la foto estaba viviendo en su mente –estaba perdido en su mente— y que si quería descubrirlo tendría que buscar dentro de sí, pero cuando lo encontrara se vería en grave lío para distinguir entre ese

personaje perdido y él mismo.

Ahora habían pasado más de diez años desde que escribí ese cuento. Me parecía que carecía de objeto ese intento literario de aquella temprana edad. Pues, con el tiempo me asaltaban dudas fundamentales sobre el papel del arte y el escritor que me obligaban a replantearme el sentido de su actividad. Estas dudas fueron teniendo respuestas distintas a lo largo de los años. Ahora creo que la literatura debe ser un reflejo de la verdad. Por supuesto, la literatura no es ciencia, pero es que la ciencia no habla de la verdad. Los científicos son los miembros de una institución de diamante que intentan abrir con sus terribles cortaplumas de un filo infinito la realidad en sus coyunturas. Pero el literato proyecta en el papel las sombras e iluminaciones de una realidad que es profundamente inescrutable. No es el mundo debilitado y mil veces lacerado del científico en el que trabaja el literato, es la realidad brutal, bruñida y uniforme que como un oleaje de tormenta nos arrastra con los años a cargarnos de experiencias, dolores y alegrías. El literato debe traer todo esa amalgama inseparable de las minas más profundas de la conciencia crítica y tornear sus aristas más agudas para que no rompan el papel y pueda ser envuelta esa colorida y grotesca pieza en la memoria colectiva. La idea es que no se pierda la evasiva verdad; eso que le da historia y sentido en el tiempo a los hechos que se narran. ¿Cuál es el objetivo? Tal vez llenar el mundo de las palabras de la fresca brisa de la veracidad, que puede ser equilibrada por las metáforas, los realismos mágicos y el carácter de los personajes.

Al llegar Paulo pensé en escribir un cuento largo sobre este episodio de México, precisamente éste en que la ciudad se detenía y muchos tenían espanto. Ahora, con la visión del extranjero que siempre siente erróneamente que es más neutral en sus afirmaciones que un nativo. La fuerza de los acontecimientos de esta vivencia en México me llevaron a poner las primeras palabras en un papel virtual de la pantalla de un computador. Pues al entrar al ala donde estaban los pacientes nos prohibieron ver a Ro por su grave estado. A la mañana siguiente murió.

VIII

Sergio había llegado tarde como era su costumbre. Los estudiantes sabían esto y por tanto esperaban en los pasillos con un café o un cigarrillo en las manos. Era de mañana y se sentía el calor de una primavera tranquila y una brisa suave. Cuando todos estuvieron sentados y en

silencio, Sergio los vio con su mirada tranquila. Y tratando de percibir la reacción a la pregunta que iba a hacer dijo: "¿Qué piensan de lo que ha ocurrido en México con el tema de la nueva influenza?". Como nadie respondió algo, él lanzó un discurso.

Que dijera un discurso sobre ese tema era algo que no se esperaba, pues lo que todos habíamos preparado para ese día era el tema del "realismo científico". Sin embargo, era entendible que deseara hablar de la influenza, ya que la semana pasada todo estaba cerrado y no hubo clases.

Así que dijo:

-En estos días hemos vivido una insospechada situación en México, la aparición de la influenza tipo A llamada H1N1-2009. A raíz de la alarma que la OMS lanzó a México y al mundo en general, se han tomado medidas radicales de cierre de establecimientos públicos donde la afluencia de gente o las condiciones permitieran la propagación del virus. En dos semanas vivimos un colapso general de actividades a todo nivel que llevó a la ciudad a acrecentar una carga fiscal desmedidamente, agravada por la crisis económica mundial. Mi apreciación sobre el asunto es que las instituciones mexicanas pudieron haber actuado de otra manera, controlando la propagación sin afectar el comercio y las actividades académicas. Creo que una enfermedad como esas no es inédita y ya el mundo ha aprendido a manejar la malaria, la tuberculosis, el sida, etc. Bueno "manejar", pues sabemos que son enfermedades que nos acompañaran por siempre. El H1N1 es una enfermedad que no causa la muerte de manera irrevocable, pues el Tamiflu y unos correctos cuidados son suficientes para controlarla. Así que ha sido desmedido todo lo que los políticos han hecho al respecto. Sin contar la lentitud de la secretaría de salud. Sospecho que han usado este episodio como una cuartada para encubrir la terrible crisis económica y las perdidas constantes de uniformados y civiles en la lucha contra el narcotráfico. Pues ya de sobra se sabe que es gracias a la corta visión en materia de economía que México está con el agua hasta el cuello en la crisis económica mundial. Esto se puede afirmar al ver que muchos países de la región han salido a flote o han tenido menores perdidas o una contracción más moderada. El H1N1 les llegó como anillo al dedo para tapar, gracias a los medios masivos de comunicación, toda la ineficiencia en materia política y de seguridad que tiene este gobierno.

Al ver a los estudiantes para saber su reacción se dio cuenta que apenas prestaban atención, se sintió molesto por perder su tiempo en ellos. Abrió su maletín y sacó las copias que estaban para ese día. Dijo que respondería la pregunta que había anotado varias semanas atrás, antes de la contingencia, del alumno Rodrigo.

-Es muy interesante lo que planteó vuestro compañero porque me ha hecho caer en cuenta que en el realismo científico debe matizar la cuestión de las "realidades sujetas a un marco de racionalidad en condiciones específicas". Al principio no lo entendí muy bien pero traje un texto que nos lo podrá aclarar a todos. Uhh ¿saben dónde está su compañero?

-Está muerto

Contestó Paulo con desdén. Todos miraron al docente y este recorrió con sus ojos atónitos a los presentes para saber si era objeto de una burla. Al darse cuenta que todos estaban afectados por ese hecho y que por eso su discurso apenas si había sido oído, sintió que le dolía la rodilla como siempre que era luna llena y su cicatriz se intentaba abrir. Con voz queda preguntó:

-¿Acaso tuvo un accidente?

Tomás que había ido a verlo al hospital respondió con rapidez antes que tomara la palabra Paulo y dijera quien sabe que cosa inapropiada.

-Lo que ocurrió es que Ro pilló el virus en la ciudad y luego, aún cuando los síntomas no se manifestaban, estuvo subiendo una montaña alta y quedó muy mal de sus pulmones, lo que hizo que la enfermedad fuera imparable.

A Sergio le tembló la voz cuando dijo:

-Tengo que confesarles que me siento tremendamente abrumado por lo ocurrido. No sólo eso, realmente estoy consternado y me siento literalmente demolido al escuchar tamaña noticia. Ahora siento que todo fue poco, todas las medidas, todas las alarmas, todos los cierres, todas las condenadas acciones del mundo entero ¡fueron nada! Maldición... ¡nada!

De una voz queda llegó a gritar y todos se sobresaltaron y Mariana empezó a llorar y a Alejandro le temblaron los ojos, Isabel estaba como en un trance mirándolo fijamente. Luego añadió con los ojos llorosos:

-La muerte de Rodrigo muestra que estamos en peligro. La sociedad entera se detuvo artificialmente para que este condenado virus no se propagara y, sin embargo, llegó a uno de nuestros miembros más preciados. Un estudiante joven y prometedor que fuera de ser psicólogo y filósofo, era escalador y rescatista...

En esas dos semanas todo lo que es importante para nuestra civilización se detuvo: las escuelas, las universidades, los restaurantes, las plazas públicas, los museos, los teatros y los ministerios. No se hicieron los tan esperados conciertos y las tan añoradas ceremonias. Por esta ciudad caminaba el miedo y la modorra. La habíamos dejado atada... Sujetamos los brazos

y piernas de la urbe y apretamos sus vasos sanguíneos para que no pasara el veneno mortal del virus por toda la sangre de la dinámica social y cultural, pero al dejarla quieta y bloquear su fuente de vida, también la sacrificábamos. ¡que dilema!

Crear que siempre me imaginé nuestra cultura y sociedad como algo tan fuerte como una gema o el acero, algo sólido, pero...

Nuestra sociedad es como un barco que nos lleva a cumplir nuestras metas. Sólo en ese barco tienen sentido nuestros proyectos y nuestras identidades. Ser abogado, psicólogo, filósofo, etc. es posible en este barco. Fuera de él, la barbarie. Las dos semanas en las que se detuvo la ciudad me sentí como un impotente ser humano que pronto se vería en manos de la violencia más brutal si no se levantaba el sitio. Ya no era un filósofo y biólogo, porque el serlo depende de esta institución universitaria y de ustedes. Fuera de esta abstracción cultural y simbólica, no soy nada.

Si desean un pan, un huevo, un taco, deben contar con el fino entramado del comercio al menudeo y al por mayor... esos finos hilos sociales de los cuales dependemos a grado sumo. Todo esto se corta con la ráfaga siniestra de un enemigo ínfimo e infinitamente poderoso, la evolución. Pronto este virus, un ser que apenas si puede ser tratado como "ser vivo" por su extrema simplicidad y falta de la posibilidad de autoreproducción, va a mutarse y superar el Tamiflu, de eso podemos estar seguros. La ciega mecánica evolutiva lo permitirá a raíz de que en una generación nuestra esos seres tendrán trillones de generaciones. El mundo será de estos animales, no les quepa la menor duda. La complejidad evolutiva de los seres humanos sabrá probar el néctar de la contundencia de la supremacía evolutiva de las simples herramientas de un virus.

Si los aparejos son el conjunto de palos, vergas, jarcias y velas de un navío, aquello que sirve para moverlo sobre el océano, entonces, ahora se que este barco en el que todos estamos tiene aparejos de cristal.

IX

Isabel tenía sobre su mesita de dormir una buena cantidad de medicinas de colores. Algunas eran redondas y muy pequeñas, habían capsulas, ungüentos, pastillas grandes y algunas efervescentes. Todo ese arsenal farmacéutico era el que le permitía vivir. Desde los 15 años fue

diagnosticada con una disautonomía. Este padecimiento afecta el sistema nervioso autónomo y de ahí que se trastornen funciones importantes del organismo como el pulso, la presión, la temperatura y la respiración. Eso llevaba a un debilitamiento progresivo del sistema inmune y del metabolismo. A lo largo de los años y después de un ataque al corazón a temprana edad, Isabel ya sabía todo sobre su fisiología. Reconocía la fragilidad de su existencia y la precariedad de cualquier empresa. Sin embargo, por disautonomía emocional, como lo pensaba con una sonrisa, se había enamorado del estudiante extranjero que le daba clases personales de lógica. Fue algo inesperado, pues nunca había gustado de un hombre moreno y de Suramérica, gracias a los antecedentes familiares con sujetos de esa calaña. No obstante, su corazón palpitaba emocionado cuando él entraba por su puerta y sacaba sus libros amarillos. "Ahora si quieres funcionar, traicionero" le decía a su corazón con tono burlón. Así pasaban los días creyendo morir de otro ataque en los brazos poderosos de ese muchacho de pelo castaño y voz suave. La tarde la sorprendía pensando en su sonrisa y sus explicaciones siempre llenas de gentileza y dureza.

El día en que supo de la llegada a la ciudad de la influenza no se sorprendió, pues ella sabía muy bien que eso no demoraría en aparecer en cualquier lugar del mundo. Sus tremendos conocimientos sobre metabolismo celular le permitían ver la magnitud del asunto. Lo que había por doquier era incertidumbre, no un virus. Pero el desconocimiento de la capacidad del microorganismo es un arma de doble filo. Por un lado, actuar desmedidamente podría ser muy costoso para un país, pero no actuar, también. La cuestión estaba en la rapidez de propagación versus la exploración científica del poder real del virus. La mejor estrategia en estos casos era la acción desproporcionada, era adecuado que sobrara, que luego descubrir, en medio del luto, que faltó.

Años habían pasado tratando de explicar que su cansancio no era pereza, que su ataque no había sido un invento y que su delgadez no era anorexia. Siempre enferma entre gente sana, desbordante de juventud. Siempre desconcertada por el modo en que todos, a pesar de ser médicos, subestimaban su padecimiento. En especial, quien más la hería por su apatía y crueldad con su situación, su padre.

Su cuartel protector era su pequeña casa, con una habitación decorada con hadas coloridas y fotos de su infancia feliz en donde no se había manifestado esa atroz enfermedad. Allí permanecía tranquila, mejorando su manual acerca de metabolismo celular, leyendo sobre historia de la biología y jugando con su anciano perro.

Ahora que una enfermedad atacaba la ciudad y obligaba a todos a guarnecerse en sus casas, la comprenderían. Se sentía feliz llamado a sus amigos a preguntar su estado de salud, explicando las propiedades del siniestro bicho y dando opiniones sobre el tratamiento dado a la situación por la Secretaría de Salud.

Cuando salió a la calle en medio de la contingencia a sacar la basura, vio las avenidas vacías y los parques solitarios. Casi se desmaya de la felicidad que le propinó tal panorama, pues siempre tuvo envidia de todos aquellos que podían salir con su perro a pasearlo por el parque. No tuvo la oportunidad de ir con una palita a recoger el excremento caliente de su adorado perro.

Así que cuando supo del levantamiento de la contingencia sanitaria se puso triste, casi quiso que hubiese llegado un virus que propagara la disautonomía, para que la normalidad fuese su anormalidad.



Arristedi estaba leyendo muy nerviosa y cansada en el set de grabación el manuscrito que indicaba el contexto de la situación y un conjunto de posibles preguntas. La razón de su estado era que al Secretario de Salud ya le habían preguntado otros periodistas durante dos semanas todo sobre la influenza H1N1 y ella no tenía nada nuevo. Por un momento repasó en su cabeza posibles temas de interés. Sobre el contagio, los síntomas, la prevención, la genealogía, los lugares de incidencia, los planes y estrategias, ya se había dicho de todo. No atinaba a encontrar un tema suficientemente novedoso para animarse un poco. Ya se acercaba el momento de ver a ese hombre que de la noche a la mañana pasó de ser un simple desconocido del gabinete del gobierno de turno, a toda una persona pública altamente inquirida para satisfacer las demandas de información y de planes para solucionar la situación presente. Este repentino cambio que lo llevó a los medios también le costó su salud y bienestar. Vivía con sus celulares prendidos respondiendo llamadas de diferentes miembros del Estado, participando en emisiones televisivas y de radio, interviniendo en debates y comunicándose con diferentes organizaciones y actores interesados. Su imagen personal se fue deteriorando y su cansancio cada vez fue más marcado. Esa noche no quería ver a Arristedi y su horrible sala de mentiras donde arremetía con preguntas y fastidiaba con interpretaciones propias. Más bien, pensaba que lo más lindo

sería ir a casa de su madre a pasar un rato en su sala de verdad, donde comería unas flautas fantásticas y una rica arranchera. Pues, ya no quería ver a más periodistas y cámaras con un sartal increíblemente idéntico de cuestiones.

Al principio, cuando llegaron los informes del laboratorio canadiense, se sintió muy complacido por ser el centro de las miradas de todo el país. Además sería quien manejaría el asunto de manera adecuada para generar sobre él la opinión más favorable. No obstante, con el paso de los días se sintió increíblemente presionado por el gobierno y los medios. Repentinamente era objeto de demandas de todo tipo. Además tenía que solucionar materias absurdas, de las cosas más increíbles, como la asunción de un gran grupo que creía en un complot de las farmacéuticas que producen el Tamiflu y fabrican gel para desinfectar las manos, a asuntos tremendamente pueriles, como el mal uso del tapabocas. Siempre intentando dar con tino alguna respuesta. Todo esto le resultaba una ofensa a su inteligencia y una dura prueba que no creía dispuesto a sobrellevar de manera satisfactoria.

Ahora sabría muy bien la retahíla de Arristedi. Las mismas preguntas, los mismos asuntos. De allí saldría tan cansado que seguramente se dormiría en el auto oficial y el escolta lo tendría que despertar al llegar a su casa. Lo peor era que no sabía cuando ese pequeño bicho de porquería dejaría de tener un eco estadístico para poder retornar a la paz del más puro anonimato.

Arristedi esperó durante un rato. Luego llamaron al Secretario, pero nadie contestaba. Ya la Producción empezaba a inquietarse. Arristedi aprovechó para tomar un vaso de agua con gas y descansar en su silla carmesí. En su mano tenía las consabidas preguntas, con los consabidos temas. Cuando se dio cuenta de que no llegaría, sonrió; entre tanto, el Secretario comía una deliciosa arranchera con su escolta mientras su madre le acariciaba la cabeza en su sala de verdad con cinco celulares apagados en su bolsillo.

XI

Al Llegar el tren naranja de la Ciudad de México a la estación Indios Verdes, pasó frente a mí como una ruleta rusa, con un destino diferente en cada vagón. La puerta que me quedó más cerca me resultó a mi intuición una trampa, decidí por una más alejada. Al entrar me senté en una de las múltiples sillas vacías y esperé llegar a la Estación Universidad lo más rápido posible.

Pronto me atrapó un sueño pesado que hacía que la cabeza se agitara como un saco colgado lleno de cocos en medio de una tormenta, cada vez que el tren frenaba en una estación, mientras me babeaba. Ya entrando a Coyoacan sentí que alguien halaba mi cabello. Casi sin abrir los ojos vi un pequeño que se reía tras de mí. Tomé el episodio como algo pasajero y trate de conciliar de nuevo el sueño, pero antes de que eso sucediera ocurrió otro manoseo de mi cabello por el infante y más tarde otro más. Sintiéndome harto volteé a ver la persona que traía al niño y me encontré con que era una tortillera anciana que lo miraba amablemente sin corregirle.

Así que esperé un nuevo contacto para tomar por mi cuenta el asunto. Apenas sentí sus manitas de niño de unos 6 o 7 años me volteé y le dije con contundencia, pero sin gritarlo "¡basta!". Me resultó satisfactoria tal acción y traté de dormir, pero ya no podía. Un poco más adelante, en la estación Copilco, cuando tenía la mirada fija en la nada, sentí que alguien me golpeaba con una bolsa. Era la abuela del niño que antes de bajarse me grito alrededor de 20 veces "culero, métete con uno de tu tamaño, a ver si te bajas para romperte la madre".

Lo único que atiné a contestar en medio de mi sobresalto por no esperar esa respuesta de mi acto fue "tranquila señora, si no lo corrigen de niño, luego lo tendrás que visitar en el vote, ¡agradézcamelos!".

Al tiempo que la abuela me mostraba su ira, un hombre que viajaba al lado de su esposa se levantó para fungir de escolta de la vieja. Cuando el tren cerró las puertas y continuó, el señor se mantuvo de pie. Cuando llegamos a la última etapa de mi recorrido, el hombre se dirigió hacia mí sin darme cuenta, me asestó un violento golpe en el estómago y me dejó tirado en el suelo escupiendo sangre y totalmente perturbado. Me sentí algo divertido por el absurdo rumbo que tomó el asunto del niño, pero algo de frustración y desasosiego contaminó por último mi feliz alma. Me mantuve unos minutos en el suelo sintiendo la náusea que subía lentamente por mi traquea.

Unos segundos antes de levantarme me acordé que cuando quise abordar el metro temía entrar en un vagón que tuviera un enfermo de influenza y quedar contaminado, pero la vida me trajo de manera sarcástica e irónica otro tipo de amenaza, la intolerancia y los malentendidos. Me sentí casi estúpido tratando de evitar esa peste, olvidando las abominables características de la vida social. Con la boca caliente y llena de sangre y el estomago adolorido y revuelto, me levanté sin mirar a nadie. Caminé encorvado lentamente, cuando miré alrededor mío vi una chavita que me miraba cerca de la escalera como interesada en mi estado. Al percatarse de que la veía se acercó y me preguntó si me sentía bien. Luego me acompañó hasta mi casa y

sólo se fue cuando me vio estabilizado y tranquilo. Su presencia fue realmente una salud. Nada más adecuado para cualquier mal que el apoyo desinteresado de un desconocido. En la noche los perros del vecino ladraron como hasta la tres de la mañana mientras yo me preguntaba si estaba destinado a no dormir... pero esta vez no me desperté a lanzarles una piedra por temor de que la dueña me dijera "culero, métete con uno de tu especie" y luego un maldito pitbull me mordiera el trasero.

XII

El día había transcurrido como siempre, todo lleno de muestras y pruebas rutinarias, absurdamente simples y ridículamente predecibles.

Camilo sentía como se resbalaba por el costado de su frente una gota de sudor, que luego se encausó por su mejilla llegando a su larga nariz desde donde cayó aparatosamente en la mesa de documentos. Él vio los restos de esa explosión sebácea por un segundo, para luego seguir escribiendo acerca de algunos resultados. Sabía perfectamente que no era por calor o por estrés que sudaba. Una deficiencia cardíaca le producía tales reacciones desde que llegó a los veintitrés.

Estaba en esa actividad rutinaria cuando entró al laboratorio uno de sus colegas con otro grupo de muestras, traídas de hospitales de Veracruz y Tampico. Se incorporó con una falsa sonrisa para recibir las nuevas bacterias y virus que tendría que clasificar a lo largo de lo que restaba de la semana. Firmó un documento que certificaba la entrega y luego quedó solo con ese ejercito de pequeños compatriotas. Tenía la opción de esperar hasta el día siguiente a sus asistentes para iniciar los diferentes test. Sin embargo, vio que tres muestras de Veracruz tenían una anotación que decía "influenza porcina posiblemente capaz de contagiar al hombre". Esto le llamó a Camilo poderosamente la atención, pues hacía poco que había terminado de leer un par de artículos sobre la gripe aviar y en ellos encontró sorprendente el modo en que un virus de las aves adquiriría una mutación que lo llevaba a penetrar las defensas humanas. Decidido a emprender la larga serie de pruebas que tardaría alrededor de una semana, sacó las muestras de suero y de hisopos con el fin de realizar una RT-PCR para la matriz y el gen H1. Pasó un par de horas más haciendo los preparativos para que sus asistentes encontraran un conjunto de procedimientos detallados que descubrieran la genética y el grupo antigénico del virus.

A Camilo este tipo de trabajo le llamaba la atención luego de un par de años de tener

subestimada su inteligencia por la simpleza de las muestras que le llegaban. Recordó que su vida académica había estado rodeada de microorganismos... así que le resultó jocosamente curioso que sus amigos fueran invisibles. ¡Amigos imaginarios! Musitó. Pero claramente no tenían nada de imaginarios. Su poder de hacer daño era inimaginable. Así que redefinió sus amigos como "fantasmas devoradores." Al pensarlo se estremeció.

De niño había sentido gran simpatía por todo aquello que fuese difícilmente detectable y, no obstante, tuviera una gran capacidad de trastornar el entorno de manera determinante. Un día después de las clases de epidemiología sintió sacudidas por varias horas al pensar en el modo en que muchos organismos pequeños y virulentos podían transformar el mapa demográfico de todo un continente. Así que reflexionó que en el juego de la evolución el más complejo sistema no era necesariamente el que tenía ganada la partida de la supervivencia, pues las cartas evolutivas de seres tan asombrosamente simples como los virus, nos podían poner en atolladeros monumentales. Camino a casa, Camilo recordó la influenza española. Repasó en su mente las viejas fotografías de su memoria de hospitales abarrotados de enfermos terminales y enfermeras con tapabocas hechos con trozos de tela. Por primera vez empezó a aflorar la idea de que el virus de su laboratorio pudiera ser una evolución de esa versión española, tal vez mucho más maligno. Se detuvo un segundo, mientras se imaginaba la Ciudad de México llena de cadáveres y gente con tapabocas, para encender un faro. El frío era entrañable y las calles estaban vacías. Así que Camilo se imaginó a toda la ciudad en las mismas actuales condiciones, pero en un día normal tras la aparición de su influenza, ahora recluida en el laboratorio. Estas reflexiones lo excitaban y le daban muchas fuerzas para enfrentar el virus de manera frontal. Deseaba encontrar su estructura interna y determinar su capacidad de riesgo epidemiológico. Su tarea era hallar el mecanismo de relojería genética de una de las piezas de "vida" más sencillas de la naturaleza que había cambiado gracias a una mutación.

Todo lo que Camilo tenía que hacer estaba altamente estandarizado y eso le irritaba, pues ¿en qué consistiría su aporte personal? La única respuesta que se le ocurrió fue en la velocidad en que lo hiciera.

Las labores se reanudarían mañana temprano y vería a sus colegas discutir sobre el extraño virus. Seguramente se barajaría la hipótesis de que estábamos ante una posible pandemia. Tal vez eso llevara a que todos quisieran ganarse los créditos del descubrimiento de la naturaleza vírica del extraño, ese genio del mal que esperaba que la frotaran la botella.

Camilo se detuvo cuando pensó en los otros investigadores. No podía consentir que

tocaran su virus, el crédito debía ser de él.

Al llegar a casa sintió una excitación enorme que no lo dejó ni comer ni dormir en paz. Cuando amaneció no tardó 15 minutos en bañarse y tomar un café con pan de muerto. Tomó la combi y se arrellanó en su silla cavilando fatigosamente sobre su bicho, su amigo, su fantasmita comelón.

Al llegar al laboratorio se fijó que no hubiese nadie y tomó las muestras deseadas. Prendió las máquinas y se puso a trabajar frenéticamente en la ansiada búsqueda. Sudaba como un caballo y no dejaba de sentir que su corazón estaba a punto de explotar.

Cuando llegaron sus ayudantes los mandó a trabajar en las otras muestras. Ellos vieron a Camilo con recelo, pues no les era indiferente la forma apasionada y grotesca con la que trabajaba.

Sin probar alimentos y lleno de anotaciones y enérgicas llamadas de atención a sus colegas por querer inmiscuirse en sus preparaciones y pruebas, terminó su primer día al lado de su virus. Costó mucho sacarlo del ensimismamiento que lo dominaba, para que se quitara la bata y saliera del laboratorio, pues se cerraba a las 10 de la noche. Nuevamente durmió poco en su casa y regresó a la Universidad en la mañana antes de que todos llegaran. Esta vez, en la noche tuvieron que sacarlo de una gaveta donde se había escondido para que no lo viera el guardia. La noche la pasó hablando en voz alta en la soledad de su habitación. Al día siguiente descubrió por el comentario de un colega que había adelantado varios días del proceso de prueba. Se sintió satisfecho y deseó ver terminado cuanto antes el largo procedimiento. Finalmente, descubrió que se trataba de una influenza tipo A que se podía transmitir de cerdo a humano y de humano a humano, con la característica que el H y el N eran 1. Decidió tomarse un respiro para ver las noticias de la noche, pues quería relajarse para ver al día siguiente al director.

En la mañana, se encontró con la sorpresa que su descubrimiento había sido alcanzado por un grupo de Canadá. Luego de tan enfática información, sólo adelantándose a las descripciones del presentador sobre el virus y descubriendo que había tenido la razón en su búsqueda, se quedó mirando la gente con letargo y ganas de vomitar. Pasó un rato sintiendo como le ganaba el sueño... se levantó y se fue al laboratorio. Cuando llegó al frío piso de investigaciones y muestras se encontró con el director que le confesó que había tenido la intuición de que el virus fuera como lo describieron en la TV. Al escucharlo, Camilo sintió que un ojo se le iba a salir de órbita por la arrogancia que mostraba. Luego de pedirles a sus ayudantes que salieran a comer, que se dieran una licencia de un par de horas, procuró desmontar las muestras y dejar en su

lugar influenza vulgar. Tomó las muestras que se habían reproducido en cultivos adecuados y las introdujo en su maletín.

En el restaurante de la zona cultural, donde solía almorzar su director de división, se sentó cómodamente. Pidió una sopa azteca y algo de botana. Miró alrededor y no lo vio llegar. Con algo de ansiedad se tomó su sopa. Vio el queso pegarse a su cuchara y fue un gusto desprenderlo con su lengua... claro, un segundo antes de que llegara la persona esperada. Al verlo, levantó la mano para saludarlo y con algo de esmero lo llamó a su mesa. Cuando él lo vio, se sintió enfermo; maldijo la hora de haberlo contratado. Camilo no se apesadumbró por la cara lacónica de su jefe. Al llegar a la mesa le mostró la carta y quiso persuadirlo de una ensalada, cuando éste se adelantó y pidió el menú del día. Antes de tomar sus alimentos, el director decidió ir a lavarse las manos. Camilo aprovechó el momento para regar su pañuelo con el virus y untarlo en los cubiertos de su jefe. Hecho esto, diseminó la sustancia en los pasamanos y cubiertos limpios del lugar. Al terminar su premeditada tarea, se dirigió a su oficina a escribir a la rectoría una recomendación especializada sobre las medidas que debía tomar la institución porque según sus cálculos la universidad tendría un brote de la nueva influenza. Seguramente así tendría reconocimiento y liderazgo.

En la noche se cuidó de no pescar un resfriado.

XIII

Juliana estaba profundamente enamorada de mí, pero ya no soportaba más la tremenda cantidad de información desconcertante que le había llegado por medio de piratas informáticos que habían atacado en múltiples ocasiones los diferentes correos electrónicos que yo tenía. Sin embargo, de ella no provino la terrible decisión de terminar la relación. Tuve que hacerlo cuando descubrí que de nada servía esforzarme todos los días en hacer de su vida un carnaval de sorpresas. Los miedos que le hacían pensar en mí como un ser que ocultaba una vida paralela, eran tan grandes que aplastaron con violencia la tranquilidad que me mostraba a diario. Pronto vi en su rostro la desconfianza y la falta de sinceridad de sus lindas palabras. Decidí no verla más y ella creyó poder derrumbar mis lapidarias frases de cierre con su maravillosa voluntad. Así que los días que continuaron a la ruptura fueron una suerte de episodios de ruegos, discusiones y nuevos altercados que generaron tantos malentendidos como existen alternativas de interpretación del otro. Día a día la noche fue más oscura y el día más tenebroso que un castillo

que guarda un sarcófago con un siniestro vampiro. Casi no teníamos fuerzas para levantarnos y desde el otro lado de la ciudad añoramos estar juntos... pero en los buenos días de la relación.

Quise continuar con los cuentos sobre la nueva influenza para olvidar su imagen, pero no conseguía reunir las palabras que terminaran una nueva oración. Recordé cuando le leía los pequeños adelantos, sus comentarios y los cambios que imprimía en el documento. Todo esto siendo ahora una poderosa fuente de dolor constante que hacía que mis manos se durmieran sobre el teclado.

Ya había pasado un mes desde que la influenza tipo A H1N1 México 2009 dejó de ser un gran escándalo mediático y una oportunidad para la propaganda política. Ahora salía cada dos días, en medio de las noticias importantes, las cifras de muertos de todo el mundo. Así que México dejó de ser el centro del ojo del huracán de la mirada inquieta de la comunidad internacional. Ya la gente olvidaba la tremenda confusión generada por una explosión de noticias y comunicados sobre la aparición de una extraña enfermedad relacionada con la temible Influenza Española y la Gripe Aviar. Se hablaba de toda clase de hipótesis sobre tal evento, desde un complot internacional hasta catástrofes apocalípticas. Recuerdo muy bien cuando se dijo que las investigaciones sobre la genealogía del virus mostraba claramente que no había surgido de cerdos mexicanos, sino europeos o del occidente de Asia.

Así que no sólo perdí a Juliana, sino a la fuente de mi inquietud literaria... Como si de repente hubiese desaparecido el fundamento de mi obra. Me preguntaba cómo se sentiría un escritor como Orwell cuando se le dijera: "tu obra es de época, de coyuntura". Este mote lo tenían muchos escritores que hablaron con sumo detalle de la época que les tocó vivir. A mí se me podría catalogar entre los escritores de coyuntura, los de coyuntura específica. Un eufemismo para destinarte al olvido.

Sin embargo, no dejaba de pensar que tal episodio me había mostrado una debilidad constitutiva de nuestros ordenes sociales a la emergencia de fenómenos de características no políticas. Claramente el primer intento de abordar la nueva influenza fue politizarla. Decir que era por un complot que se desencadenó. Pero, al paso del tiempo, se desinfló tal hipótesis por falta de sustento. Así que nos quedamos con un ciego mecanismo de la evolución que era incomprensible para la mayoría. Primero fue el espanto de ver la ciudad detenida lo que me puso en cuidados intensivos personales. Tuve que leer, meditar y caminar para poder sanar la desesperanza de sentirme en un barco con aparejos cristalinos como la vidriería casera. Se me deshacía en las manos la sociedad que tanto había estudiado. Todo ese abigarrado entramado que desde mucho atrás los intelectuales habían descrito con maravilla se veía súbitamente en jaque por un ser infinitamente despreciable por su tremenda simplicidad.

¿Qué había quedado de semejante amenaza después de unos meses? Realmente veía con sorpresa que la tranquilidad y el aletargamiento en las actividades cotidianas estaban a la orden del día. La amenaza se había "sociabilizado". Los tapabocas y los dispensadores de esa pastosa sustancia opalina antiséptica poblaron no sólo nuestro espacio de hechos y sucesos, sino nuestro espectro simbólico. Había llegado un nuevo miembro a nuestra comunidad... con el que tal vez comíamos o andábamos en el metro, la Influenza A H1N1.

La dolorosa idea de su partida y la pérdida de mi objeto de estudio estaban generándome una terrible sensación de desasosiego. Al borde de perder las esperanzas de continuar mi pequeña empresa literaria encontré que uno de esos oscuros piratas de la Internet había interceptado un correo de Juliana y me lo había enviado. Al abrirlo noté con sorpresa y espanto la ironía del destino. Para ilustrar mi espanto lo copio íntegramente:

Suhi:

¡Gracias por el favor! No me dejaron incapacidad médica en el hospital San Pedro, pues dije que estaba de vacaciones. Sin embargo, te mando lo que me dieron para que me hagas una incapacidad. Pues no quiero regresar por lo pronto a México.

Creo que nunca sentí miedo a su lado por la terrible peste que nos rodeaba. Casi viví alegremente ese espacio que nos dio la Secretaría de Salud de "emergencia sanitaria" a su lado. De hecho pensé que si nos enfermábamos, hubiese sido lindo vivirlo juntos. Pero ahora no puedo regresar a esa tierra que pisé a su lado. Bajo su ala cálida y confortable. Protegida por esa naturaleza de árbol místico que tiene. Tomás es algo más que un ser humano... es el reflejo de un símbolo, es un icono. Ahora debo cambiar mi religión que era él.

Me siento rara. Esto de estar de médico en médico no me gusta. Anoche llegamos al Hospital San Pedro a las 11:30 pm. Cuando arribamos tenía fiebre de 38 grados y a las 4:30am de 39. ¡Luego, esperando para la prueba de sangre y la muestra con el hisopo (la del Ah1n1) se tardaron hasta las 9 am! Me sacaron sangre y tuve que esperar el resultado del cuadro hemático por 2 horas y media. Obvio salí un poco baja de defensas, pero lo importante, la de la influenza, me dan el resultado en 10 días. Me indicaron que siga con el tratamiento del doctor de la familia.

Me sentía rara, toda con tapabocas (el N95) y a parte con batita azul jajajaja... Todo un disfraz para que te comas tu propia sopa de desgracias.

Hoy, como si no fuera suficiente con el chuzón en la nalga del lunes, la sacada de sangre el martes, ¡me ponen otra inyección! Además, como mi mamá estaba muy preocupada el lunes,

llamó a pedirme cita médica y se la dieron para hoy miércoles, ¿ahh? ¡Y eso que dijo que era porque habían mandado la prueba del ah1n1! Por eso el martes me llevó por urgencias pues llamó a la Secretaria de Salud y nos dijeron que fuera urgentemente.

¿Sabes? es muy chistoso, los de la Secretaria de Salud me viven llamando a la casa para hacerme seguimiento... Así que ya casi engrosaré las estadísticas de enfermos. Luego estarán llamando para ver si aumento la de muertos jajaja.

¿Y el corazón? pues ya no está en cuidados intensivos, pero sigue en observación y aún se tardan en darle de alta jejejeje... Hoy recibí un correo de Tomás diciéndome que "por fa no más". Así que bueno, igual como dice él, creo que por nuestra salud mental ya es hora que paremos de buscarnos y también de que nos estemos tratando de ver en nuestros recuerdos. Con el poco de voz que tengo lo llamé y le dije que me preocupaba, pues no sé si le están escribiendo a mi nombre. Tu sabes los mil y un rollos que tuvimos con la red... Y la verdad creo que la regué, pues por internet le escribí que no lo odiaba, pero que tampoco lo amaba, cuando tu sabes que eso esta lejos de ser cierto. Lo peor, no sé, pero me quedo pensando en que fui la peor novia que él ha tenido. Mañana cumpliríamos 19 meses desde que regresamos formalmente! Hay Suhi, la verdad la cabeza no me da para seguirle dando vueltas a algo que ya no puede ser, así que seguiré en observación.... ya en un tiempo me daré de alta.... ¿no crees?

Att: Juliana

Te quiero, gracias por preguntar.

La noticia me mostró algo que no había contemplado. Los dos niveles en los que se puede ver el hecho de la nueva influenza. Uno macro, en donde ves una ciudad crepitante y dinámica que se detiene, en donde lo único que puede ocurrírsete es que la sociedad está lastimada y tiene una gran fragilidad. Otro micro, en donde ves a tu amigo apunto de morir en un hospital gracias a una enfermedad del nivel del H1N1, pero por no serlo, reconocer una paupérrima atención, con menos celeridad. Además, ver a tu ex pareja ensopada en el lodoso sudor de este popular virus en un país extranjero mientras todo aquí ahora es normal y tranquilo... Pareciera que ambos niveles dicen una verdad, pero ambos mienten. Nos hacen creer falsamente en que hay algo de comprensión de este fenómeno mundial, cuando realmente lo que atacó a la sociedad no fue el H1N1, sino la confusión.

XIV

Lo vi cuando su bastón chocó con mi pie. Sonreía mientras rápidamente buscaba corregir su rumbo. Cruzó la primera calle de los Pumabuses y luego se acercó a la entrada de los carriles peatonales que permiten el acceso a la ruta 5. Increíblemente se detuvo, giró a la derecha y entró. Guardó su báculo y se fue deslizando por la varilla hasta llegar al último de la fila. Sentí algo de asombro cuando su agilidad y memoria lo llevó hasta su meta, en ese entramado peligrosamente cotidiano de la Terminal de buses de la UNAM. Como me encontraba haciendo fila en la entrada de la ruta 3, me dediqué a pensar en la ceguera. Me preguntaba si no éramos en algún sentido ciegos. Por ejemplo, parecíamos incapaces de reconocer la angustia y el dolor de los otros. De hecho, tampoco reconocíamos la confianza y la sinceridad... como la mentira. Dábamos tumbos estúpidos en ese universo invisible en el que difícilmente aprenderíamos a encontrar senderos deseables con la tremenda agilidad de nuestro buen amigo del bastón.

El tiempo pasaba lentamente y me acordé que Friducha me había contado que gracias a su úlcera no podría conocer la comida mexicana. Sin embargo, encontró un modo de no perderse demasiado ese placer.

Ahora salta a mi mente el día de su arribo. Friducha había llegado un día soleado de verano y había pasado sin contratiempos los controles sanitarios del aeropuerto. No conocía al hombre que se encontraba esperándola en la Terminal de Llegadas internacionales de vuelos del sur de América. Pero ella estaba tranquila, por alguna razón sentía que se encontraría con alguien con quien compartiría algo más que una amistad. Deseosa de aprender el sabor de un país extraño, de un nuevo hogar y de un hombre que la llenaba de palabras coloridas y floridas, se dispuso a sumergirse sin miedo en un mar de nuevas experiencias que seguramente le llenarían la vida de un entusiasmo sin paralelo. Fueron largos esos minutos previos al encuentro.

No fue necesario ningún esfuerzo para que luego de vernos a los ojos termináramos en casa bañándonos en vino tinto y relamiéndonos de vicio. Todos esos días nos llenamos de los dos. Friducha ya no puede pensar en México sin que se cuele en sus recuerdos mi aroma, el hogar y mi mano tomando la suya. Un día me confesó algo con respecto a la comida. Que a pesar de no poder probarla sabía muy bien de su esencia. Me dijo que la conocía a través de mis besos... Recordé esos momentos de besos pasionales cuando acababa de comer unas

carnitas o unos tacos al pastor. Descubrí que conocía una parte de ese mundo mexicano por medio de mi boca, no de la suya. Eso me sorprendió. Esa idea de conocer las cosas a través de los sentidos de otra persona me llenaba de sensaciones voluptuosas. ¿Cómo podría ser que por acercar la boca a los ojos de la mujer amada pudieras ver en qué ha demorado su mirada, en qué se han regocijado sus ojos? Sería un mundo tan íntimo, pues el requisito principal para poder acceder a los sentidos del otro sería gracias a un profundo y oscuro amor.

Esa capacidad de Friducha de sentir de maneras extrañas, de no ser ciega a lo que todos no vemos, tuvo su momento de ardor máximo en Haití. Fue un corto viaje al país que era objeto de su investigación del posgrado. Aquel lugar que se convirtió en su obsesión gracias a que poco a poco fue descubriendo la terrible trenza entre los poderes nacionales e internacionales que ahogaban a la población en general. Vivía inmersa en sus teorías, tratando de tener una visión panorámica de aquel mapa abstracto de un país.

Aquella vez estábamos comiendo en un campamento militar frente a Puerto Príncipe. Cerca jugaba una pequeña con un perro flaco. Friducha no dudó en persuadir a la niña a que le contara qué pensaba de lo que veía desde la colina, por supuesto, era la ciudad. La niña miró sin querer ver. Rápidamente le miró el collar. Impaciente le volví a preguntar. La niña señaló la cara de Friducha y dijo: "yo no veo nada... y no quiero ver". Apenada, la niña corrió hacia su perro blanco y se fue. Friducha me miró y señaló el mismo lugar. Le pregunté cuál era su opinión sobre lo que había dicho la niña. Me dijo: "dime lo que ves, porque yo ya no quiero ver nada, de hecho, no he visto nada. No hay más Haití en las calles que lo que se ve desde la montaña". Guardé silencio. Más tarde comprendí que "Haití" se le escurría de las manos, que nunca comprendería por qué un nombre englobaba algo que no existía. De regreso a México me mostró su tesis de maestría. Tenía una dedicatoria: "a ti, niña, que me enseñaste a no ver".

Cuando nos despedimos en diciembre ella no lloró, no quiso sentir...

Ya se acercaba el bus verde con blanco. La tarde era fría, de un enero que no quería ser marzo.

XV

En la mañana sales a tu trabajo. Caminas lento porque la brisa crisper tus cabellos y envuelve tu rostro, eso te fascina. Repentinamente un sonido restallante como el de un insecto gigante

envuelve tus sentidos. Miras alrededor y encuentras en el cielo un aparato mecánico del cual descienden unos individuos para llevarte a un lugar de cuarentena. Sólo, en la penumbra de una habitación lóbrega que no conoces, respiras profundo y piensas en las razones por las cuales te llevaron a ese lugar. Recuerdas que esos tipos que te atraparon pertenecen a un departamento de la policía. No sabes quienes son, pero los has visto en la TV; tienen como función corregir los indeseables eventos posibles que ha predicho Multivac. Claro que reconoces que Multivac no es una pitonisa. Si lo fuera, no existiría departamento de correcciones, simplemente porque todo lo que predeciría se cumpliría irremediamente. Es obvio que vives en un mundo altamente sofisticado y ha desaparecido de la mente de los intelectuales la idea religiosa sobre el destino inevitable, que solo conocen los iniciados. Te das cuenta que el paso que se ha dado es de la predestinación a la predisposición. Recuerdas que Multivac fue construido sobre el supuesto de que la conducta humana puede ser predicha. Si el supuesto se soporta en alguna investigación de la conducta, debe ser que existe una ciencia que la estudie; la recuerdas: es el conductismo. En términos del conductismo no se trata al hombre como un agente autónomo; pues, la conducta sería originada por el agente. Si lo tratáramos de esa manera, tendríamos que explicar todas las acciones humanas como fruto de ese ser que en sí mismo no tendría explicación. Lo que le interesa al conductismo son las condiciones bajo las cuales vive el individuo. Estas condiciones refuerzan en el individuo un tipo de conducta. Por tanto, no son interesantes para el conductismo personalidades, estados mentales, sentimientos, peculiaridades del carácter, planes, propósitos, intenciones o cualquier otro pre-requisito de un problemático hombre autónomo. Las explicaciones que se dan tradicionalmente para entender la forma por la que una persona actúa de una manera y no de otra, se refieren a sentimientos o descripciones de la mente del hombre. Estos sentimientos como el júbilo o frustración y descripciones como personalidad desajustada o gran inteligencia, no permiten dar cuenta de las acciones. Más aún, ninguna persona siente la personalidad desajustada; no existe una sensación de eso. Además, decir que alguien hace lo que hace porque es un romántico o un histérico, deja sin explicación esa explicación. La explicación concluye en ese hombre interior. El conductismo tiene como presupuesto que cualquier explicación de la conducta humana debe ser tomada del mundo exterior y no del mundo mental de los seres humanos. Añoras el siglo XIX en donde se pensaba en el mundo exterior como en un escenario pasivo en el que nacían multitud de diferentes clases de organismos, en él crecían y luego morían. Nadie pareció entender que ese ambiente externo era el responsable de esa variedad de organismos (y tal hecho, significativamente, era atribuido a la actividad de una mente creadora). El problema estriba en que ese ambiente actúa

de forma muy poco obvia: porque no empuja o absorbe, sino que selecciona.

Piensas que los organismos interactúan con el ambiente; describes la interacción como que el ambiente estimula al organismo y éste responde. En este sentido, el ambiente juega un papel sustancial en la conducta humana, no como algo que empuja o absorbe sino que selecciona. Por tanto, el ambiente tiene una función selectiva que modela y mantiene la conducta; es viable pensar que ejerce un control sobre la conducta.

Una de las premisas del conductismo es que el ambiente es un fenómeno accesible a la ciencia y la mente no. Por tanto, si la premisa es cierta y teniendo en cuenta que entre el ambiente y la conducta existen relaciones de control, entonces podremos rastrear un espectro de conductas predecibles en los agentes. El ambiente constriñe al individuo para que actúe de alguna manera; si se conocen qué factores del ambiente y del individuo son sustanciales para ciertas acciones, encontraremos modelos para predecir comportamientos.

Sigues en el cuarto umbroso y piensas que no es por una conducta no elaborada que podías haber hecho algo prohibido, pues parece que alguien no es peligroso vía estas conductas. Pues una conducta de este tipo no generará que mates a alguien. Un manotazo por evitar el fuego, lo más dañino que provocaría sería que se empuje una loza y se caiga, etc. Sin embargo, si analizas con más calma este tipo de conductas, concluirás que muchas acciones peligrosas parece que no están provocadas por intenciones anteriores que las generen. Parece que existe una predisposición natural a actuar de una manera específica, sin mediación de una reflexión cuando estamos en ciertos ambientes. Por tanto, digamos que caerían en el género de conductas no elaboradas. Tu rostro se torna sombrío porque ahora piensas en la vasta cantidad de acciones de este tipo que pueden desencadenar peligro en los demás. Por ejemplo, si encuentras a tu esposa con otro tipo besándose en tu cama y eres especialmente proclive a las acciones violentas y además en el cajón cerca a la cama hay un arma, es viable que se desencadene una de esas conductas no elaboradas que muy probablemente afectará a los amantes. Es factible que en tu camino al trabajo o en tu trabajo, Multivac haya previsto que te encontrarías en una situación desagradable que reforzaría una de estas conductas no elaboradas, resultando de ello un daño a alguien. Entonces, debes agradecer a Multivac que previno que hicieras algo ilegal. Pero, en dado caso, cómo es posible que desde el momento de ver a mi esposa y su amante y su consecuente deceso, se tome todo esto como una conducta no elaborada. Hay tantos pasos mediando, como caminar al cajón, buscar el arma, sacarla, apuntarles, disparar, que en conjunto no tienen la misma naturaleza de un estornudo o un manotazo, aunque erróneamente

en algunos casos el individuo no se da cuenta de todo lo que ha hecho y parece que todo fue una única acción. Pero al imaginarte en tal situación, piensas que podrías efectivamente sacar el arma y apuntarles y no matarlos. ¿Cómo Multivac sabría que tú no actuarías como se presupone que actuarías en un ambiente dado? Sin embargo, recuerdas que no estás acusado de algún cargo. Simplemente estás en una de esas residencias de cuarentena donde es imposible dañar a alguien. Es posible que efectivamente la probabilidad de que actuaras así sea muy alta. Por eso Multivac dio la orden de una detención preventiva, nada más. Pero, aún Multivac no está justificado, dicen que Multivac previene de cualquier crimen, así sea elaborado. Si es así, ¿cómo se puede predecir conductas elaboradas?

Así que te convences que en la práctica la ciencia de la conducta restringe tus repertorios de acción y violenta tu libertad tan desproporcionadamente, que ya no puedes imaginarte un repertorio más amplio de acciones. Sientes que de alguna manera encierran tu mente; aunque para los conductistas ni siquiera exista. Pues, definen la ciencia de la conducta en términos de ambientes, dándose cuenta que no precisa de la noción de mente para explicar a los agentes. Por tanto, afirman que no debe existir la mente humana; resulta, como Dios, una hipótesis innecesaria.

Luego de un rato te percatas que todo el tiempo has estado meditando en silencio. Estás mirando el cielo. Tu cuerpo descansa en una cama un poco incómoda. Piensas que nada de lo que has hecho en ese cuarto permitiría a un investigador de la conducta, incluso tan sofisticado como Multivac, saber de tus cavilaciones. Recuerdas que muchas de las acciones de tu vida han sido fruto de una previa reflexión profunda. Incluso, te das cuenta que ese mundo privado es lo que has creído que te define como persona. ¡Y los conductistas se atreven a afirmar que no existe mente! Quieres pensar en una de esas propuestas filosóficas donde la mente jugaba un papel importante en la explicación del individuo. Concluyes que no es una empresa académica; es una tarea para recobrar la dignidad.

Un plato de comida caliente que te trae un guardia te anima a seguir reflexionando sobre tu caso. Sabes que no tenías una intención previa que te impulsara a cometer una acción perjudicial. Multivac puede almacenar todos tus deseos y creencias, pero sospechas que no existe algo como el registro de las intenciones previas. Soportas esas sospechas en que hay estados que se dan en la mente y Multivac no tiene acceso a esos procesos. Multivac tendría que hacer encuestas periódicas para rastrear las intenciones previas que van surgiendo aleatoriamente.

Sin duda, ni aún así, tendría el registro total de intenciones previas de un agente.

Además, existe un elemento extra que le complica las cosas a Multivac. La intención en la acción no es previamente conocida por el agente. Sólo se sabe de ella por la experiencia del movimiento, que es su condición de satisfacción. Entraría en el juego de la predicción de Multivac un elemento que el agente no puede expresar a menos que sea en medio de la acción. De tal modo que no existe una encuesta para dar cuenta de las intenciones en la acción. ¡Multivac solo puede saber de la intención en la acción luego de que la acción se haya realizado!

Otro elemento problemático es lo que implica la característica que existe en la satisfacción de la intención que se ha expuesto como del modo correcto. Muchas de las intenciones de los agentes no son satisfechas del modo correcto. Recordaste, crees que de manera pertinente, ese caso muy mencionado en la que un sobrino maneja su coche muy enojado para ir a casa de su tío y matarlo. Realmente es tan fuerte su odio que pierde atención en el volante y en una esquina no ve el alto y mata a un hombre, ese sujeto es su tío. Piensas que existe una intención previa que es la de matar al tío y un evento que es haber matado al tío. Es evidente que el sobrino satisfizo la intención previa, pero no la intención en la acción, que no tenía como condición de satisfacción la muerte del tío. El asesinato del tío fue inintencional. Si Multivac es totalmente efectivo tendría que haber predicho, si algo así hubiese ocurrido realmente, el asesinato inintencional del tío. Pero si no existe conexión entre la intención previa y la intención en la acción no hay forma de encontrar algún expediente que le permita entrever tal suceso.

¿Podría ocurrir que Multivac predijera consecuencias inintencionales? La intención en la acción del sobrino en el instante de matar a su tío era mover las manos para continuar en el carril. El nerviosismo del sobrino por estar pensando en la muerte del tío lo impulsó a causar que su carro lo llevara cerca de la acera. La consecuencia fue la muerte del tío. El causar que el carro se moviera hacia la acera no fue una acción. Sin embargo, la intención en la acción jugó un papel fundamental para el desenlace que no fue intencional. Entonces hay una nueva gama de posibilidades del agente como causante de cambios en el mundo, los efectos colaterales inintencionales de las intenciones previas. Un agente no es responsable de las acciones inintencionales, porque no fueron causadas por una intención en la acción. Aún teniendo todos los deseos y creencias, inclusive intenciones previas, no existe forma de predecir que el sobrino asesinaría al tío. Dadas estas explicaciones se infiere que es imposible que Multivac predijera la muerte del tío.

En suma, existe para Multivac la dificultad de establecer intenciones previas, porque surgen espontáneamente en la mente y su registro implicaría una recopilación de datos

exageradamente constante; también, le es imposible a Multivac conocer las intenciones en la acción sin que estén ocurriendo o hayan ocurrido las acciones completas; y, existen eventos indeseables para Multivac que son causados por el agente donde no existe una intención en la acción, aún cuando exista una intención previa que sea satisfecha. Si Multivac supera el primer escollo y logra conocer las intenciones previas, no conocería las intenciones en la acción. Por definición, si conociera las intenciones en la acción, las conocería, en el mejor de los casos, en el momento mismo en que están ocurriendo las acciones; lo cual le resulta impracticable a una máquina que debe predecir con la suficiente anticipación para corregir eventos indeseables. En el caso del tío ves la importancia de la doble satisfacción, de intenciones previas e intenciones en la acción, para que el agente mismo sea el que nos pueda llevar a las acciones que va a acometer. Por tanto, le resulta impracticable a Multivac pronosticar, si es el agente quien le conduce a sus predicciones. En la cena te han proporcionado un vaso con agua, lo sostienes en el aire por unos minutos, porque estás muy concentrado pensando en un tipo de intenciones que no habías sopesado. Las intenciones complejas tienen entre sus condiciones de satisfacción al movimiento y los eventos subsecuentes. Depende de las capacidades del agente el que una acción sea básica o no. Entonces, existe el inconveniente para Multivac de que una acción no sea peligrosa por sus primeros resultados, pero que el desenlace sea indeseable y todo depende de la habilidad del agente. Todo esto es parte de lo que hemos denominado como el efecto acordeón. Y del agente depende si tiene el talento para crear estrategias mejores que confundan a Multivac. Tan grande como sea el conocimiento por parte del agente del futuro modificado causalmente por ciertas de sus acciones, es el tamaño del acordeón.

Por tanto, es pertinente para Multivac que en el rastreo continuo de intenciones previas exista un criterio de forma para determinar si la intención que está registrando es compleja o no; si existe hasta los límites del acordeón una consecuencia indeseable. Pero crees que no es suficiente porque existe la posibilidad de que un sujeto sea tan conciente de las características del operar de Multivac que genere una intención previa en el instante en que Multivac a registrado la última y produzca una donde sus condiciones de satisfacción sean, por ejemplo, el robo de la casa de un amigo soltero y solitario, cuando los agentes de correcciones lo han capturado por tener una intención previa peligrosa. Se debe tramar una estrategia para generar en ese amigo una intención previa que de la alarma a Multivac. Pero se debe olvidar ésta intención previa para que Multivac no la registre y aún así continuar con el plan. Crees que la mejor forma es escribir en un cuaderno de apuntes lo que corresponde hacer, con la clara indicación de que no importa las acciones que se deban realizar, pues las razones existieron en un momento dado y

por conveniencia han desaparecido. Ese personaje, supones, debe dialogar con su vecino de tal manera que él genere la idea de matarlo. Cuando lo logre y Multivac rastree las intenciones previas, será capturado. La casa del amigo quedará sola. Luego, se debe actuar sin que se produzca una intención previa que tenga como satisfacción el robo de la casa de tu amigo. Cada que Multivac registre las intenciones de ese sujeto, no entenderá que lo que está haciendo es un robo, ni siquiera él mismo agente, porque solo opera con intenciones en la acción, que son desconocidas para Multivac y el agente. No desconoces que las intenciones en la acción son iguales a la experiencia de actuar, pero las segundas son percibidas y las primeras no; el papel de las experiencias es el de tener un modo de ajuste con el mundo, que es de donde sabemos que se dio efectivamente el movimiento. No hay en las experiencias algo como un plan, el plan solamente está en la intención previa. Entonces tienes el crimen perfecto. Suspiras y sientes una cierta alegría. Piensas que has encontrado una forma de engañar a Multivac. Que de todas maneras se es libre en las grietas entre sondeos de Multivac.

Pasas la noche en vela, estas preocupado por los cargos por los cuales te trajeron. En la mañana unos hombres de traje gris te llevan cordialmente a una sala sobriamente iluminada. Adentro, un hombre con un rostro moreno y respetable espera con un cuaderno sobre la mesa. Te sientas frente a él y escuchas como salen del cuarto los otros personajes. El hombre te mira a los ojos. Tú desvías la mirada y la posas sobre el cuaderno que descansa en la mesa. Inmediatamente un temblor estremece todo tu cuerpo, reconoces el cuaderno, es tuyo. Recuerdas que hay un listado de órdenes que te impelen a actuar de cierta manera, sólo hay una razón: que hubo una razón en el pasado y por conveniencia ha sido olvidada.

Golpeas la mesa, estas enojado. Te das cuenta que ese personaje imaginario de la libretita eres tú. No entiendes cómo Multivac te descubrió, miras con rabia la serena cara del hombre que está frente a ti. Él se dirige a ti sin temores, con una jovialidad poco usual en los trabajadores estatales.

Sabes perfectamente por qué has venido a este lugar, dice él y continua, eres uno de los contribuyentes que hacen posible a Multivac, por tanto tienes el derecho de saber lo que quieras de lo que ha ocurrido.

Esperas un segundo en silencio, miras las paredes desnudas de la sala. No sabes qué preguntar. El sujeto se presenta, es uno de los coordinadores de área de correcciones. Él toma la palabra. Te explica que los razonamientos que has tenido sobre el conductismo son correctos, pero están inconclusos. Considera que aún no has arribado a otros problemas que

tendría Multivac. Pues existe una brecha causal psicológica entre las deliberaciones donde intervienen creencias y deseos y la intención previa, otra, entre la intención previa y el inicio de la acción, y finalmente, entre el comienzo de la acción y su término. Es de destacar que las brechas se dan en la intencionalidad conciente. Con ello se plantea un interrogante sobre la existencia de la brecha a un nivel empírico. Se justifica la existencia de las brechas con el hecho, en el primer caso, de que siempre para el agente no existe una determinación causal de las deliberaciones con la aparición de la intención previa. El agente determina cuales de los elementos de la deliberación son relevantes para tomar una decisión y obrar. Es el agente quien decide cuales de las creencias deseos, sensaciones, etc., forma la intención previa. No ocurre, como en una receta de cocina, que tres determinados deseos mas dos creencias tales y una sensación cualquiera, generen necesariamente cierta intención previa. Hay distintas causas operando sobre mí, pero sólo una de ellas es realmente efectiva y selecciono la que será efectiva. Esto es, por lo que respecta a la conciencia de mis propias acciones, mis diversas creencias y deseos no causan que me comporte de una manera particular. Más bien, selecciono aquel deseo de acuerdo con el cual actúo. Decido dicho sea brevemente, cuál de las múltiples causas será efectiva.

De igual manera no hay nada en la intención previa que conlleve necesariamente a que se inicie la acción. Podemos planear lo que queramos, pero también logramos dejar todas esas intenciones insatisfechas. Y tenemos en nuestro haber miles de acciones que cortamos en el momento que nos parezca. Existe un total albedrío de un agente, bajo condiciones normales. El sentido de la libertad en la acción voluntarias un sentido en el que las causas de la acción, aunque efectivas y reales, son insuficientes para determinar que la acción ocurra. Y esa idea se cumple en agente si no está siendo presionado y coartado. Ningún agente puede tranquilamente esperar que los deseos y creencias lo lleven por un río de acciones determinadas. Es obvio, para todos nosotros, que hay que tomar decisiones en todo momento, incluso cuando ya estamos haciendo algo. Ni nosotros mismos y nuestras disposiciones iniciales pueden cuartarnos de tomar decisiones contrarias después y formar nuevas intenciones o frenar acciones.

El sujeto frente a ti, te sonrío, espera un segundo y te dice que ahora sí estas totalmente confundido. Te cuenta como el fenómeno de la brecha se relaciona con el fenómeno de la conciencia. Que la conciencia es real, incluso para el conductismo. Y no existe un fenómeno colectivo de la conciencia, pues es totalmente subjetiva. Existe libertad a ese nivel. Pero a nivel cerebral, no hay un correlato de la brecha. Porque si existiera a ese nivel, implicaría la idea de

que no hay estados causales suficientes que determinen otros estados. En la física no hay tal anomalía.

Al meditar un segundo, piensas que de pronto vía la neurofisiología Multivac se da cuenta del actuar humano. Como no existe alguna brecha causal entre los estados anteriores del cerebro con los consecuentes, debe ser que existe un rastreo constante de esos impulsos por parte de Multivac. No hay un elemento intencional en los procesos cerebrales. Todo ocurre causalmente. No hay una forma de control intencional en esos procesos.

Pero tu mente está suficientemente despierta como para caer nuevamente en meditaciones incompletas. Planteas una condición que consideras fundamental para que Multivac haga predicciones vía un conocimiento de los procesos cerebrales. Sí y solo sí los procesos cerebrales tienen un correlato con los procesos mentales, es posible que Multivac prediga la conducta humana. Esto debido a la idea de que la conciencia, como te lo confirmó el director de área, es real y por real entiendes que juega un papel fundamental en el actuar humano. Y no ves en la explicación científica algo que llamemos intención en la acción, conducta simple, intención previa, etc. Hay solamente un aparataje eléctrico, increíblemente sofisticado, donde es imposible encontrar las creencias los deseos y las intenciones. Y la brecha psicológica, demuestra que a ese nivel, el de la conciencia, existe la libertad. Te parece obvio que es en ese nivel donde viven todos los seres humanos. Estas satisfecho con tu razonamiento.

El director de área ve una pantalla tras de ti y te dice que has mejorado en tus reflexiones. Que obviamente sus palabras han reforzado positivamente la conducta de ponerle trabas a los razonamientos aparentemente bien sustentados. Es un condicionamiento operante, porque él te está felicitando, y de ésta manera aparecerá nuevamente esa conducta. En medio de las palabras del director ya sientes pasar algo por tu columna. Continúa el director diciendo que los problemas que le has encontrado a Multivac son los problemas que ya presenta Skinner en el análisis del hombre autónomo. La mente como lo neurofisiológico, resultan inaprovechables para el análisis útil en la predicción de conductas humanas. Pues la primera tiene, entre otras dificultades, la característica de darse en un nivel meramente subjetivo, bajo descripciones que tiene que ver con cosas que no tienen un relato empírico, sino meramente lingüístico. Como las creencias, deseos e intenciones.

Las conductas están en un nivel externo. Evaluadas correctamente con respecto a los ambientes, dan la caracterización adecuada de los reforzadores y las posibles conductas operantes. Las abstracciones que has hecho en tu mente desde niño y de las cuales te sentías

orgullosos hacen un rato, son fruto de la obra y gracia de contingencias verbales. Las abstracciones son la consecuencia de un género particular de ambiente y no de una facultad cognitiva.

Toda la meditación y reflexiones concientes que crees dan una característica peculiar a tu acción son parte de las ficciones de la idea de la mente. Porque, El grado de conciencia que el hombre debería poseer depende de la importancia que la auto-observación tenga de cara a la conducta eficaz. El propio conocimiento es valioso sólo en la medida en que ayuda a afrontar las contingencias bajo las cuales ese auto-conocimiento ha surgido. Por tanto, debes estar agradecido por haber hecho que la autoconciencia emergiera en ti, porque era relevante para el estado de cosas que vivías. Fuimos reforzadores de lo que llamas la auto-observación.

Finalmente dice el director, la gracia del conductismo es que no toma a los estímulos ambientales como la causa de la respuesta del agente, gracias a que no se plantean reglas que indiquen los estímulos que producirán tal conducta. Se toma la conducta humana como un fenómeno que es causado por tantos factores dispares que lo que se hace es restringir las diversas posibilidades de conducta del agente, tomando en cuenta el papel selectivo del ambiente. Siempre se tienen principios básicos que tácitamente el agente toma como ineludibles. Entre estos está la supervivencia, la reproducción y la protección de los más queridos. El papel de nosotros es el de reforzar, positiva o negativamente, unas conductas. El mundo cerebral y mental son para el conductismo oscuros, en el sentido de que sus mecanismos son inalcanzables y poco dados a una experimentación con objetivos conductuales. El cerebro es para el conductismo, una caja negra. Pero esa caja debe ser parecida a una función matemática que transforma unos valores en otros. ¿Cuáles son sus pasos? No importa.

Te dejan salir luego de darte una bebida achocolatada que te subirá el ánimo.¹

XVI

—No hay nada en esa carpeta

—Creí haberla puesto allí. Pero ya no importa.

—¿De qué se trataba?

—Era una foto que tomé de la ciudad cuando quedó solitaria. Quería tenerla para recordar ese episodio. Eso es todo.

¹ Basado en las tesis de B. Skinner y J. Searle

—¿Por qué tu conmoción? No he terminado de entender tu obsesión con esas semanas.

Ya pasó y tu no lo superas.

—Una vez vine a esta ciudad con mi padre cuando era niño. Siempre estuve impresionado por los aspectos que diferenciaban mi país de este país. Me inquietaba especialmente la enorme cantidad de museos, universidades, teatros, parques, edificios, salas de conciertos. Me sentía en un lugar mucho más cosmopolita y diverso. Así que fue surgiendo la idea de la solides y consolidación de la dinámica cultural que llenaba mis sentidos y mi mente en México.

Al regresar a la casa familiar, al terruño, sentí que mi ciudad natal estaba dormida. Deseé con todas mis fuerzas vivir de nuevo en el DF. Lo logré cuando pude acceder a un posgrado. Así que me uní a la intensa y febril lucha de muchas personas por mantener una diversidad de manifestaciones culturales creativas y siempre chocantes, pero muy vivas.

Los día en México me trajeron la paz del hogar entrañable. Me mezclaba con el mosaico terroso y colorido de la mexicanidad.

Pero todo esto se vino abajo cuando vi la fragilidad de toda esta trama mágica cuando llegó el virus. Como que te haces la idea de que la cultura es algo independiente de las asociaciones entre las personas. Pero cuando ves que existe una prohibición de las reuniones, te das cuenta que la cultura se queda en la memoria de cada cual.

Esta experiencia despertó el brutal miedo a que todo esto es tan delicado y sencillo que no podemos hacer nada ante amenazas invisibles que de hecho esperamos. De allí surgió el intento de dejar una memoria de estos sucesos. —Has querido abrir una puerta... secreta como todas las que valen la pena. Deseas ver el corazón enfermo de un gigante brutal. Te das cuenta que nuevamente se camufla en palabras y esperanzas. Ahora todos olvidamos ante lo que estuvimos, el río negro y tenebroso de la incertidumbre y el riesgo sistemático.

—Ahora no me quedan más por hacer. Dirigiré mi mirada a otras tantas catástrofes que ya van mostrando sus espantosos tentáculos. La literatura tendrá que darme la bola de cristal que muestra la realidad como es... dura y fría, impermeable y tosca, inasible...

2009